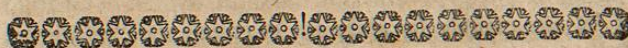


dicion que fueseis, permaneced en la oracion, dad gracias y rogad à Dios por vosotros y por mí, no para que abra la puerta de la carcel en que me hallo, sino para que abra mi boca, y pueda anunciar libremente y como conviene las verdades de Jesuchristo, por cuya confesion estoy cargado de cadenas. Sea santa y sábia vuestra conducta con los que no son Christianos, para que la inocencia de vuestra vida les sirva de un sermon mudo. No perdáis el tiempo en disputas, ni en otras obras inútiles. Hablad poco y con juicio, de suerte que podáis responder como conviene à qualquiera que os pregunte. Tichico, mi muy amado hermano y fiel compañero en el ministerio del Señor, os dará noticia de todo lo que me pasa. Os lo envio con Onesimo, mi muy amado hermano tambien en Jesuchristo, y vuestro conciudadano, para saber lo que pasa en vuestra Iglesia, y para que os consuele: ellos os dirán el estado en que se halla el Evangelio en estos paises. Os saluda Aristarco, que tambien está preso conmigo, y Marco primo de Bernabé, del qual tenéis tan buenas noticias: recibidle cortesmente, si os fuese à ver. Tambien os saluda Jesus llamado el Justo. Todos tres son Judios de nacion. Estos son los únicos que trabajan ahora conmigo en el ministerio del Evangelio, y me consuelan en mi prision con toda suerte de atenciones. Epafra vuestro ciudadano os saluda humildemente. Este es un siervo fiel de Jesuchristo, y muy zeloso de vuestro aprovechamiento espiritual, y no cesa de rogar à Dios que os haga conocer y cumplir perfectamente su voluntad, y lo mismo hace por los de Laodicea y Gerápolis. Lucas Medico, à quien amo tiernamente, y Demas, os saludan. Saluda de mi parte à los hermanos que están

tán en Laodicea, particularmente à Ninfa y à su Iglesia doméstica, esto es, à su religiosa familia; y quando hayais leído esta Epístola, se la enviareis à ellos, y hareis leer publicamente las que los mismos Laodiceos me han escrito à mí, para que os exhortéis reciprocamente, y fomentéis entre vosotros mucho mas la caridad. Decid à Archipo que procure cumplir fielmente el ministerio que el Señor le ha encargado. Lo que se sigue es de mi propia mano. Yo os saludo, y suplico os acordeis de mis cadenas, y que os mantengáis fuertes en la profesion de aquella fe, por la qual estoy cargado de ellas. La gracia divina sea siempre con vosotros. Amen.



EPÍSTOLA PRIMERA

DE SAN PABLO

À LOS THESALONICENSES.

ARGUMENTO.

Habiendo San Pablo y Sylvano su compañero predicado el Evangelio en Filipis Ciudad de la Macedonia, pasaron à la Ciudad de Thesalonica, Capital de la Provincia. Pero sabiendo el Apostol que en esta Ciudad habia una Sinagoga de Judios, entró en ella en tres Sabados consecutivos, en donde les explicó las Escrituras que hablan de Jesuchristo. Pocos de ellos se convirtieron, pero se convirtió un gran numero de infieles. Irritados los Judios al ver un fruto tan grande y tan inesperado, levantaron una sedicion contra él, que le obligó à salir de la Ciudad. De allí pasó à Beroa, y despues à Atenas,

nas, de donde envió à Timoteo à la Iglesia de Thesalónica, para que la consolase y la fortaleciese en la fe. Pero habiendo este fiel discípulo pasado à Corinto, en donde San Pablo se detuvo largo tiempo, le representó el estado de dicha Iglesia; con cuyo motivo escribió esta Epístola, que es la primera por el orden del tiempo. Su idea general es confirmar à aquellos fieles en la perfeccion evangelica, è instruirlos en el misterio de la resurreccion de los muertos, para animarlos en las presentes y futuras persecuciones.

CAPITULO PRIMERO.

ARGUMENTO.

EN este capitulo los alaba por su grande aprovechamiento en la fe, diciendoles que su fama se habia esparcido tanto por todas partes, que servian de modelo à las demas Iglesias.

PARÁFRASIS.

Pablo, Silvano y Timoteo desean una abundante gracia celestial y la paz interior del corazon à la Iglesia de Thesalonica, congregada por la misericordia de Dios y de nuestro Señor Jesuchristo. No cesamos de dar gracias à Dios, y le rogamos continuamente que os aumente sus favores, por los trabajos que tan generosamente habeis sufrido, por las pruebas que habeis dado de vuestra ardiente caridad à vista de todo el mundo, por la firmeza de vuestra esperanza en todas las persecuciones que habeis padecido por el nombre de Jesuchristo, y por las obras excelentes que proceden de vuestra fe, que obra por la caridad; pues os consideramos, hermanos mios muy amados, como aquellos que logran la fortuna de ser del

del numero de los escogidos de Dios: y como esta vocacion proviene de su inefable bondad, esto nos obliga à respetarla en vosotros, considerando que no solo se os ha predicado el Evangelio con palabras eficaces, sino que lo han acompañado felizmente los milagros, los dones del Espiritu Santo, y todas las demas cosas necesarias para hacerlo fructificar. No hablo de nuestro modo de vivir, así público como privado, por ser vosotros testigos de ello. Diré sí que os habeis mostrado nuestros imitadores, ò, por decirlo mejor, de Jesuchristo; pues así como quando predicó su doctrina, estuvo expuesto à las injurias y à las calumnias de los Judios, y nosotros en nuestro ministerio hemos hallado muchos peligros y males que sufrir y temer; así tambien vosotros, luego que recibisteis el Evangelio, empezasteis à sufrir persecuciones, que en vez de entristeceros, os llenaron de un gozo que el Espiritu Santo derramó en vuestros corazones. De esta suerte os habeis hecho maestros, y modelos de paciencia y de virtud à todas las Iglesias de Macedonia y de Acaya. No solo por estas partes se ha oido el eco y la fama de vuestra fe, sino que tambien se ha extendido por todas las regiones vecinas, por cuyo medio ha sido tan celebrado y conocido el Evangelio, que no necesitamos publicar los grandes progresos que ha hecho entre vosotros; pues los mismos que nos persiguen, publican el amor con que nos habeis recibido, y vuestra prontitud en abandonar los ídolos por la fuerza de nuestras predicaciones, para adorar al verdadero Dios unico autor de la vida, y recibir el yugo de su Hijo Jesuchristo, que él resucitó, y nos libró de la muerte que merecíamos, y de la venganza que estaba para caer sobre nuestras cabezas.

CAPITULO II.

ARGUMENTO.

EN este capitulo les trae à la memoria el modo santo, puro y desinteresado con que les ha predicado, no habiendolos adulado, ni habiendoles sido de carga, sin embargo de poder, como Apostol de Jesuchristo, pedirles lo necesario para vivir.

PARÁFRASIS.

Pero no es necesario, hermanos míos, que otros ensalcen el merito de vuestra obediencia, ni publiquen como me he portado con vosotros. Vosotros sabéis que despues de haber padecido y sufrido muchos trabajos è ignominias en la Ciudad de Filipis, no hemos dexado de enseñaros con fidelidad y pureza la misma doctrina por la qual fuimos perseguidos; pero vosotros habeis sido tan obedientes y exâctos, que hemos logrado todo el fruto que podíamos esperar de nuestro trabajo. Y à la verdad hemos predicado con libertad, por no tener que temer, no predicando ni falsedades, ni sueños, ni cosa contraria à la honestidad, ni à las buenas costumbres, pues no tenemos ninguna pretension injusta, ni queremos engañar à nadie con falsas apariencias de religion. Dios se ha dignado encomendarnos su palabra como à sus fieles ministros, ò por decirlo mejor, nos ha hecho tales por este encargo. Nosotros pretendemos corresponder à nuestra vocacion, no pensando agradar à los hombres, sino cumpliendo la voluntad de aquel que no puede ser engañado de las señales exteriores de piedad, porque lee hasta lo mas íntimo de

de nuestras conciencias. No hemos pensado en adularos, sino en instruir vuestros corazones: ni con el pretexto de predicaros el Evangelio, hemos querido enriquecernos, como Dios nos es testigo de esta verdad. Su gloria es el unico objeto que hemos tenido presente, y no nuestro honor, ni las alabanzas de los hombres, que se le deben à él. Nosotros podíamos exigir legitimamente de vosotros las cosas necesarias à nuestro mantenimiento como Apostoles de Jesuchristo; pero nos ha parecido mas acertado no serviros de carga, y vivir entre vosotros con la suavidad y mansedumbre de una ama de criar, que se hace niña con los niños que cria, como si fuera su verdadera madre, y no como alquilona, ò mercenaria; pues es nuestro afecto tan grande y tan ardiente para con vosotros, que no solo deseamos anunciaros el Evangelio, sino que sacrificaríamos tambien nuestra vida por vuestra salvacion. Vosotros os podeis acordar de lo mucho que trabajabamos de noche y de dia para socorrer à nuestras necesidades sin incomodaros, ni serviros de carga alguna ni gravamen. Dios y vosotros sois testigos de que la inocencia, la justicia y la modestia han acompañado siempre à nuestras obras entre vosotros: que ninguno de vosotros ha tenido motivo de queja en nuestra conducta: y que amandoos como padre, os hemos consolado à todos en vuestras afficciones, os hemos exhortado con la mayor sollicitud y eficacia à que caminaseis por los caminos del Señor de un modo digno de Dios, y à que correspondieseis con la santidad de vuestras obras à la gracia inestimable que os ha hecho llamandoos à la sociedad de su Reyno, y à la participacion de su gloria. Pero no ha sido en vano: pues habeis oido nuestra palabra, no como humana, sino como

Y
pa-

palabra de Dios, como verdaderamente lo es. Así lo acreditan las obras que ahora haceis; las cuales son, sin duda, el fruto de esta semilla; de lo que damos incesantes gracias à la Bondad Divina, siendo ella la que planta, la que riega, y la que da el incremento. Bien se echa de ver como sois imitadores y semejantes à los Christianos de las Iglesias de la Judea que creen en Jesuchristo, por haber sido perseguidos de vuestros Conciudadanos, como aquellos de los Judios. ¿Pero qué otro tratamiento podian ellos prometerse ni esperar de aquellos que no repararon en manchar sus manos con la sangre de nuestro Señor Jesuchristo, ni en matar à los Profetas, haciendonos experimentar tambien à nosotros los efectos sanguinarios de su rabia? Ellos piensan que se hacen agradables à Dios por medio de este furor; pero son, por el contrario, abominables à su vista, como enemigos de la salvacion de los hombres, despreciando à los Gentiles, y haciendo quanto pueden para que no les prediquemos la verdad que les debe salvar. Esta ceguedad es un castigo de la justicia Divina, que permite pongan el colmo à la medida de su iniquidad, haciendoles ya percibir en este mundo la venganza que experimentarán eternamente. El exemplo de vuestros hermanos, à quien ellos atormentan, os debe consolar y asegurar. Pero sin embargo de haber sido obligados à estar separados de vosotros por un poco de tiempo corporalmente, mas no de espiritu, hemos estado en un continuo deseo de volveros à ver. Este era nuestro comun intento: y yo Pablo, que os escribo, he estado ya dos ò tres veces para executar lo; pero el diablo, que se opone quanto puede al adelantamiento de la salvacion de las almas, ha puesto tales obstáculos, que nos ha

si-

sido imposible emprender este viage, y nosotros no hemos logrado el consuelo de visitaros: porque ¿quál pensais vosotros que sea mi esperanza, mi gozo y la corona de mi gloria? Sois vosotros, hermanos muy amados; y espero que Jesuchristo nuestro Señor premiará el trabajo que he tenido en instruiros, y me alegraré de vuestra salvacion en su presencia y en la de los Angeles.

CAPITULO III.

ARGUMENTO.

EN este capitulo les declara el grande deseo que tenia de verlos, y el consuelo que recibió con las noticias que le dió de ellos su amado discipulo.

PARÁFRASIS.

POR lo qual no pudiendo lograr el veros tan presto como deseaba, me ha parecido mas acertado quedarme solo en Athenas, y enviaros à mi amado hermano Timoteo, à quien Dios ha cometido el ministerio del Evangelio de Jesuchristo, privandome con gusto de su compañía, para que os confirme en la fe, y os exhorte à perseverar generosamente en ella, y para que no os turben ni espanten las persecuciones que padezco, no debiendo cogeros de nuevo, por haberos yo prevenido antes que à esto estaba destinado; pues estando con vosotros os anuncié que pasaria todas estas tribulaciones, como en realidad se ha verificado. Os lo envié, en fin, por temor de que estas persecuciones os abatiesen, ú os maravillasen, temiendo que el tentador, que emplea

Y 2

to-

toda suerte de artificios para engañaros, corrompiése vuestra fe, con lo qual viese malogrado mi trabajo. Su vuelta me ha consolado sumamente, y ha sido causa de que no sienta ya mas mis penas; y que lo que actualmente padezco me sea gustoso; pues me ha dicho que no debo temer el que vacile vuestra fe, sino que por el contrario, se conserva siempre firme, asi como vuestra caridad se conserva en su ardor, teniendome siempre muy presente en vuestra memoria; y que si yo deseo veros, vosotros deseais tambien verme à mí. Me parece que vivo feliz, al ver que permanecéis firmes en la fe y en el servicio del Señor. ¿Qué acciones de gracias dignas y fervorosas puedo dar à Dios por estos favores que os comunica, y por la alegría que à mí me da? Yo le ruego sin cesar de día y de noche que me permita volver à veros, para que os pueda enseñar las cosas que debéis saber, y que hasta ahora no os he podido enseñar. Estoy pronto à hacer este viage; por lo qual suplico à Dios nuestro Padre, y à Jesuchristo nuestro Señor, que lo disponga quanto antes, y que sea mi guía en él. Pido al Señor os aumente el zelo y la caridad que teneis unos por otros, y que os la dé tal qual yo la tengo por vosotros, para que vuestros corazones sean confirmados en su amor, y vivais irreprehensibles entre los hombres, y os halleis santos à sus ojos con todos los escogidos en el día en que el Señor vendrá à dar la sentencia de una eterna felicidad, ò de una eterna des-

gracia de todos los hombres. Amen

CAPITULO IV.

ARGUMENTO.

EN este capitulo habla de la resurreccion, para que no se entristezcan con la muerte de alguno, como hacen los Gentiles que no tienen esperanza. Prueba esta resurreccion de esta suerte: Deben ser vivos los miembros de una cabeza viva: es asi que nosotros somos los miembros de Jesuchristo que vive por su resurreccion: luego debemos ser vivos. Y hablando despues de aquellos que estarán vivos en los ultimos dias, dice: Nosotros no prevendremos, ò no nos anticiparemos à aquellos que han muerto antes que nosotros, sino que todos juntos y en el mismo tiempo saldremos al encuentro à Jesuchristo. Despues nota la solemnidad de esta venida: primero, que el Señor vendrá en persona: segundo, que los Angeles lo acompañarán para executar su sentencia: tercero, que al sonido de la trompeta, los fieles resucitarán los primeros, y despues seremos arrebatados con ellos sobre las nubes delante de Christo. Estas palabras tienen alguna dificultad, para cuya inteligencia se ha de observar, que los terminos de primi, ó de primeramente (primi, vel primum), y el que se sigue deinde, despues, significan un orden entre la resurreccion de alguno, y la elevacion de todos, y no un orden de tiempo entre la resurreccion de los fieles muertos en el Señor, y de los demás que serán hallados vivos. De aquí nace la questão, si estos ultimos pasarán à una vida nueva sin morir, y si llegarán à ser incorruptibles, sin haberse corrompido à padecido antes. Los Gri-

la carne. San Gerónimo y San Agustín se inclinan à la opinión contraria, que es la mas comun, y la que hemos seguido. Pero se puede decir para conciliar las dos opiniones, que morirán por pocos instantes, y luego resucitarán.

PARÁFRASIS.

Tened à bien, hermanos, que os roguemos y supliquemos en el nombre de nuestro Señor Jesuchristo, que camineis en la presencia de Dios, procurando agradarle, y aprovechar de dia en dia en su amor, conforme os hemos enseñado, y como es preciso confesar que haciais al principio. No son nuestros los documentos que os hemos dado, sino de Jesuchristo que habla por nuestra boca. Esta es su voluntad, que seais santos, esto es, puros: que os abstengais de la fornicacion, y que cada uno atienda y aprenda à hacer un uso honrado y casto de su cuerpo, y à mantenerse en los terminos lícitos del matrimonio, en vez de seguir los movimientos brutales de la concupiscencia, y de sumergirse en los placeres que la naturaleza aborrece, como contrarios à sus leyes: y no sigais la costumbre de los Gentiles que en nada la respetan, porque no conocen à su autor, que es Dios. El no puede sufrir que los que tienen y profesan una misma religion, apetezcan lo que no les es lícito, ni les toca; ni que engañen à las mugeres de sus hermanos, ni que violen, profanen, ni insulten su lecho matrimonial; antes bien se declara vengador de estos ultrages, como os hemos enseñado. En efecto, no nos llamó al conocimiento de la verdad, ni nos concedió la calidad de hijos suyos para que le correspondiesemos con las impurezas corporales, ò para que fuésemos impuros, sino para que fuésemos

san-

santos y muy zelosos de la pureza de nuestros cuerpos. Por lo qual, qualquiera que desprecia estas reglas, desprecia, no à los hombres, sino à Dios, y hace una injuria cruel al Espiritu Santo, que nos purificó con el Bautismo. No creo que haya entre vosotros alguno, reo de tan gran delito, porque estoy persuadido à que sabeis vuestras obligaciones. No os hablo de la caridad fraternal, porque la luz de la gracia ha instruido vuestro entendimiento y vuestra voluntad sobre este asunto, para que habiendolo conocido quieran y puedan despues practicar el precepto de la caridad mútua. Asi lo acreditais con todos los hermanos de la Macedonia; pero os exhortamos à que hagais quanto esté de vuestra parte para vivir en paz, procurando solamente cumplir con las obligaciones de vuestro estado, sin meterse en cuidados ni negocios agenos. No os entregueis à la ociosidad, sino procurad adquirir con el trabajo de vuestras manos las cosas necesarias para la vida, para evitar la tentacion de desear los bienes agenos, y para que los que están fuera del seno de la Iglesia, no puedan formar ningun mal juicio de nuestra doctrina por defecto de los que la profesan; pues vosotros debéis pensar muy diversamente que ellos. Ellos se afligen inconsolablemente por la muerte de aquellas personas que aman, ò por amistad, ò por naturaleza: porque como no creen en la resurreccion, no esperan volverlas à ver. Pero esta desordenada tristeza os está prohibida à vosotros. La muerte de los Christianos se puede llamar un sueño tranquilo y pacífico, del qual volveremos en cierto dia. Si creemos que Jesuchristo murió y resucitó, es preciso creer por la misma razon, que Dios resucitará à los que han muerto en la fe de su Hijo, debien-

Y 4

do

do los miembros ser participantes de la vida de su cuerpo; y que los introducirá con Jesuchristo en el Cielo. Así, pues, os decimos, como que lo he aprendido del Señor, que nosotros que vivimos, que quedaremos en el mundo, y que seremos reservados para la venida del Señor, no le saldremos al encuentro, ni compareceremos delante de su trono antes que aquellos que duermen en paz en los sepulcros. El Señor vendrá acompañado de sus Angeles, y al sonido de la trompeta se abrirán primero las sepulturas de los fieles para restituir à los que tienen en depósito. Despues aquellos que habrán quedado vivos hasta aquel dia, habiendo pagado el tributo de la muerte, resucitarán en un momento, y serán elevados como ellos sobre las resplandecientes nubes, para salir al encuentro à Jesuchristo en el ayre, y seguirlo triunfantes al Cielo, en donde se quedarán para siempre con él: por lo qual consolaos reciprocamente los unos à los otros con estas verdades. Y así despues de haber mostrado aquel dolor y pena que la naturaleza y la decencia exigen, enjugad vuestras lagrimas, para mostrar que os conformais con la voluntad de Dios, que os ha quitado à los parientes y amigos, considerandolos como personas que duermen, y que deben despertar.

CAPITULO V.

Este capítulo no necesita de explicacion, porque es demasiado claro.

PARÁFRASIS.

Debéis temer este dia, pero no ser curiosos de saber quando será; por lo qual tengo por demas el

es-

escribiroslo. Basta que tengais presente lo que os he enseñado, esto es, que vendrá quando menos se piense como un ladron nocturno, que entra en casa para robar quando el padre de familias duerme. Porque quando los hombres creerán que gozan una paz profunda, y que nada los puede turbar, les sorprehenderá la muerte, como sucede à una muger preñada, à quien cogen los dolores del parto quando menos los espera, y que no puede evitar. En vano procurarán evadir este juicio terrible, en que tan poco han pensado. Pero no os sucederá así à vosotros, hermanos mios, que os vais preparando, y no caminais à obscuras. Jesuchristo, que os ha reengendrado por la fe, es un sol à quien ninguna nube puede eclipsar ni obscurecer. Vosotros, pues, sois hijos de la luz, y del origen de toda claridad: hijos de un dia eterno, y no de una corta noche, qual es la del mundo presente. Por lo qual no durmamos ni cesemos de obrar bien, como hacen los que no creen; mas velemos esperando la venida del Señor, y seamos sobrios refrenando nuestra concupiscencia en todas las cosas, y no comiendo jamás por deleite, sino por necesidad. Los que no están iluminados y despiertos como nosotros, eligen la noche para dormir y para satisfacer à sus gustos infames. Hay hombres tenebrosos, de quienes son propias las tinieblas, y por lo mismo les convienen. Pero à nosotros, por el contrario, que somos hijos del dia, nos conviene la sobriedad y las obras de la luz. No nos basta el velar, sino es necesario tambien prepararse para combatir; y así debemos armarnos de la fe y de la caridad como de una coraza; y cubrir nuestra cabeza con una firme esperanza de gozar el efecto de la vocacion de Dios, que quiere que gocemos de sus favo-

res

res salvandonos, y no quiere que experimentemos los efectos de su ira condenandonos; y todo esto por los meritos de nuestro Señor Jesuchristo, que murió por nosotros, para que los vivos y los muertos vivan en él, con él y por él. Estas verdades deben hacer mas llevaderos vuestros trabajos; por lo qual consolandoos, exhortaos reciprocamente al adelantamiento espiritual con los buenos exemplos, como habeis hecho hasta aquí. Honrad y asistid como es debido à los que trabajan en vuestra instruccion, y tienen el cuidado de vuestras almas, y os dan consejos saludables. Pensad en practicar sus consejos, y no en inquietarlos, ni en vivir de mala inteligencia con ellos. Tambien os suplicamos à vosotros que exercéis el ministerio evangelico, que reprehendais à los que turban la paz de la Iglesia con sus malas obras. Consolad à los pusilanimos: sufrid à los flacos y debiles en sus enfermedades, y sed pacientes en sufrir los defectos de unos y otros. Si os desprecian ò persiguen, no volvais mal por mal; antes bien, por el contrario, procurad hacer bien à quien os aborrece, y à todos, ya sean fieles, ya infieles. No perdais jamás el gozo y la alegría en las penas y aflicciones; pero para conseguirla con las demas gracias es preciso que oreis sin cesar. Por qualquiera cosa que os suceda, ya sea enfermedad, ó robustez, ya pobreza ò riqueza, dad gracias al Señor, que quiere que os mostreis siempre agradecidos, y que os da estas instrucciones y documentos por los meritos de Jesuchristo, para que conozcais su voluntad. Todo esto lo cumplireis fielmente, si no apagais en vuestro corazon el fuego celestial del Espiritu Santo; y vosotros que teneis la superioridad y la direccion de los demas, no estorbeis à los que han recibido los do-

dones exteriores, como son el don de lenguas y de profecía, que los exerzan. Hay entre vosotros algunos falsos y engañadores; pero distinguid la verdad de la mentira, las cosas buenas de las malas, y seguid aquello que puede ser útil à vuestras almas. No basta evitar y huir el pecado: es preciso tambien que vuestra vida sea tan pura, que no dé ni aun la menor sospecha ò sombra de impureza, ni ocasion alguna de escandalo. Todo lo podeis conseguir por medio de la gracia. Dios obra en nosotros lo que nos manda; y con la misma mano con que nos muestra el termino à que quiere que lleguemos, nos da la fuerza para lograrlo. Yo le ruego que os purifique perfectamente de todas las suciedades del mundo, para que en el dia de la venida de nuestro Señor Jesuchristo no halle en vuestro espiritu, ni en vuestra alma, ni en vuestro cuerpo cosa alguna que pueda ofender su vista, y haceros dignos de su ira. Espero me oirá, porque sé que habiendood llamado à la herencia celestial por una vocacion toda de amor y de verdad, os dará el modo de conseguirla. No os pido otra cosa sino que rogueis à Dios por mí. Saludad à todos vuestros hermanos con el ósculo santo: y os suplico por el Señor, que leais esta Epistola en la congregacion de todos los fieles de vuestra Iglesia. La gracia de nuestro Señor Jesuchristo sea siempre con vosotros. Amen.